Boletín BUBISHER
Julio 2026

SUMARIO:

ÚLTIMO TÉ EN EL CAFÉ DE RICK 1
MAMMA MÍA 5
UN OASIS DE SUEÑOS 6
UN AÑO INOLVIDABLE EN LA BIBLIOTECA BUBISHER DE AUSERD 7
VACACIONES EN PAZ 9
LA SOLEDAD DE LOS NÚMEROS PRIMO 10
LA HISTORIA YA NO PODRÁ PROHIBIRTE 13
NAAMA TIENE QUIEN LE ESCRIBA 14
REENCUENTROS QUE SABEN A HOGAR 15
LA ESPERA 18
EL CIELO PROTECTOR 19
UN LUGAR EN EL MUNDO 21
CAMINO A LA ESCUELA 22
GALLO ROJO, GALLO NEGRO 25
LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO 27
EL NOMBRE DE LA ROSA 28

ÚLTIMO TÉ EN EL CAFÉ DE RICK

Antes de entrar se debe donde de saludar: «Assalamu aleikum». Pero el viento la hamada iguala los recuerdos. En Rabuni, la espera convive con el calendario, existe un pequeño refugio de adobe y chapas onduladas al que todos conocen como el Café de Rick. nunca llama antes de entrar y mucho menos saludar. Se cuela por las costuras de las jaimas, levanta remolinos de cal y deja sobre las cosas una fina capa del mismo color con el que el desierto
Nadie recuerda quién le puso aquel nombre. Algunos aseguran que fueron unos estudiantes que habían visto demasiadas veces una vieja copia de Casablanca en el desaparecido Cine Las Dunas de El Aaiún; otros sostienen que llegó con un cooperante español que nunca regresó. Brahim jamás dio importancia al asunto.

—Los nombres cambian menos que las personas, solía decir mientras limpiaba un vaso con un paño tan viejo como él.

Brahim rondaba los sesenta y cinco años y caminaba con una ligera cojera, regalo de la metralla pocos meses antes del alto el fuego de 1991. Vestía una darraa azul y tenía la mirada de los hombres que han sobrevivido demasiadas veces para seguir creyendo en las casualidades.

Su café no tenía piano. En su lugar, una vieja radio Sony respiraba con dificultad sobre un estante. Algunas tardes emitía noticias que nadie creía; otras, cuando las pilas tenían ánimo, dejaba escapar la voz de Mariem Hassan. Entonces el local entero parecía enderezar la espalda. Brahim, sin cambiar de expresión, escuchaba, miraba y seguía sirviendo té.

Todos creían conocerlo: los observadores de la MINURSO que desayunaban allí, los cooperantes y los chóferes que buscaban la sombra. Pero nadie lo conocía. En su café, las conversaciones duraban más que el azúcar del primer vaso.

En una mesa cercana a la entrada se reunían cada tarde los muchachos a los que Brahim llamaba, para sus adentros, los Ricks. Habían nacido en los campamentos y regresaban de universidades extranjeras con títulos impecables y un futuro lleno de interrogantes. Reían mucho; la ironía era la única riqueza que nadie había conseguido racionarles.

Más al fondo preferían sentarse los Laszlos: viejos combatientes que orientaban sus sillas hacia el Atlántico, como si desde allí todavía pudiera verse El Aaiún. Conservaban llaves de casas que quizá ya no existían y fotos descoloridas. Nunca hablaban del regreso como un sueño, sino como una cita aplazada.

Brahim servía el mismo té a unos y a otros. Nunca preguntaba, nunca opinaba.

—Aquí solo se sirve té y algún café, sentenciaba cuando alguien intentaba arrastrarlo a una discusión política. Y todos terminaban creyéndolo.

Aquella tarde el aire estaba especialmente pesado. Una mujer europea ocupaba una mesa discreta cerca de la pared. Llevaba varios días alojada en Protocolo; leía despacio, anotaba mucho y observaba todavía más. Sabía que en el desierto casi todo lo importante sucede sin levantar la voz.

Pocos minutos después apareció un hombre envuelto en una darraa color arena. Su rostro estaba quemado por el sol reciente de los territorios ocupados, no por el de los campamentos, y traía el cansancio de quien ha caminado muchas noches seguidas. No buscó asiento; solo pidió un té amargo.

Brahim levantó la vista apenas un instante.

—Hace tiempo que no venías.

—Había demasiado ruido al otro lado —contestó el cliente.

Fue toda la conversación. Mientras la radio dejaba escapar un viejo lamento de Mariem Hassan, el desconocido dejó una pequeña memoria digital sobre el mostrador, oculta bajo unos billetes arrugados.

Brahim ni siquiera la miró. La cubrió con el paño de secar los vasos y continuó trabajando. Para cualquiera habría parecido el gesto rutinario de un camarero, pero en aquel diminuto rectángulo de plástico viajaba la memoria: grabaciones clandestinas, nombres escritos con prisas, imágenes de detenciones y pruebas suficientes para atravesar un muro mucho más alto que el de la vergüenza. Aquella mercancía no podía detener una guerra, pero podía impedir la peor de las derrotas: el olvido.

La puerta del café se abrió de golpe. Entró primero el viento y, tras él, un estallido de voces: el grupo del Bubisher. Acababan de llegar del aeropuerto con el retraso habitual, arrastrando mochilas y cajas repletas de libros para las bibliotecas de los campamentos.

—¡Brahim! Creíamos que este año te ibas a jubilar —exclamó una voluntaria entre risas.

—Lo intenté —respondió él con una leve sonrisa—, pero nadie hace el té como yo.

Las carcajadas llenaron el local, rompiendo la tensión. Los cooperantes saludaban a conocidos, los chóferes ayudaban a descargar y el desorden providencial que Brahim necesitaba se adueñó del espacio. Con un movimiento tan natural como limpiar la barra, recogió los billetes. La memoria digital desapareció bajo el paño y, un segundo después descansaba oculta en el doble dobladillo cosido en el interior de su darrah.

Nadie advirtió el gesto, ni siquiera el hombre que la había traído. Él solo terminó su té y esperó.

Brahim sirvió cafés y tés dulces a los recién llegados. Solo entonces volvió la vista hacia el desconocido. No hizo falta ninguna contraseña, ni ninguna despedida; bastó un leve movimiento de cabeza. El hombre comprendió que la carga había cambiado de manos y, por primera vez desde que cruzó el muro, respiró con tranquilidad.

La noche cayó sobre Rabuni con la rapidez con la que el desierto apaga el día. Poco a poco, el Café de Rick fue quedándose vacío. Los voluntarios del Bubisher se retiraron a sus alojamientos y los últimos clientes apuraron sus vasos.

Brahim esperó a que la puerta quedara quieta y entonces apagó una a una las luces. La radio emitió un último crujido antes del silencio. Durante unos segundos, solo quedó el sonido del viento golpeando el adobe.

Brahim apoyó las manos sobre el mostrador. Había pasado media vida viendo entrar personas en aquel café: unos buscaban un camino, otros una noticia, y algunos, simplemente, un lugar donde descansar del peso del mundo. Pensó en los nombres que ahora viajaban escondidos en su ropa y miró la cafetera preparada para el día siguiente.

Sonrió ligeramente. El desierto podía tardar años en cambiar, pero algunos hombres seguían haciendo lo mismo cada mañana: abrir una puerta, encender el fuego y resistir.

Antes de salir, Brahim apagó la última luz.

—Mañana habrá más gente —dijo para sí mismo, sin saber si hablaba del café o de la historia.

Cerró la puerta. Afuera, la hamada seguía inmensa y silenciosa, pero en algún lugar más allá del muro, una verdad acababa de empezar su propio viaje. Y el Café de Rick, como siempre, seguiría abierto.

Bachir Lehdad

MAMMA MÍA

Cuando me despierto, ella ya lleva tiempo levantada. Me sonríe y sigue haciendo mil cosas, doblando mantas, preparando el té, poniendo la leche a calentar, buscando la ropa que hoy tengo que ponerme para ir al colegio… Su melfa se mueve de un cuarto a otro como un pájaro en pleno vuelo.

Yo creo que mi madre lo sabe todo, que es capaz de prever una tormenta de arena, de entender lo que dicen a las cabras que tenemos en el corral, de buscar la forma de protegernos del frío del invierno y del calor insoportable del verano, de consolarnos siempre. Conoce todos los secretos del desierto y dice la abuela que los ha ido aprendiendo desde que nuestra familia tuvo que abandonar nuestra tierra y que yo también los iré aprendiendo.

Por la noche, antes de que nos durmamos, nos cuenta historias del Sahara Occidental. A veces noto que se pone triste y cuando le pregunto por qué, me mira y mira a mis hermanos y nos dice que tenemos que recordar siempre quienes somos, que nunca olvidemos nuestras costumbres, nuestra lengua y nuestra historia. Yo todavía no lo entiendo muy bien, pero sé que ser saharaui es un orgullo y he aprendido que, más allá de los campamentos, el Sáhara Occidental de sus historias existe y nos pertenece.

Por las mañanas, me lleva al colegio y su mano cogiendo la mía me da seguridad y siento una alegría enorme y un deseo profundo de tenerla siempre a mi lado.

Mi madre es maravillosa.

Mariam Mohamed

UN OASIS DE SUEÑOS

Llegaron las vacaciones y, con ellas, un verano infernal se ha instalado en el desierto argelino de la hamada, donde desde hace más de cincuenta años los refugiados saharauis seguimos esperando el regreso a casa.
Cuando cerré la biblioteca de Bubisher por última vez, me quedé mirando fijamente la puerta, como si quisiera retener en la memoria cada instante vivido allí. Recordé a los niños que llegaban cada atardecer, con los ojos brillantes, a escuchar un cuento en aquella sala donde el tiempo parecía detenerse en quietud y paz.

En los cuentos fantásticos existe algo que no habita en el campamento: el mar azul, inmenso como el desierto, pero lleno de vida y de criaturas hermosas que nadan en libertad; la selva espesa, poblada de animales salvajes que rugen entre la sombra verde; ciudades grandes y luminosas donde la vida late de otra manera; montañas vestidas de árboles, donde la lluvia cae fiel cada día y da de beber a ríos caudalosos.

En el campamento no hay playas, ni piscinas, ni parques, ni siquiera la sombra de un árbol. Pero hay algo que ningún cuento puede inventar: la mirada de una gente buena, con los ojos llenos de esperanza, y el latido silencioso de la biblioteca de Bubisher, que sigue siendo, a pesar de todo, un pequeño oasis de sueños.

Dehdu, coordinadora de la biblioteca de Bubisher, Smara

UN AÑO INOLVIDABLE EN LA BIBLIOTECA BUBISHER DE AUSERD

Este año ha sido una experiencia profundamente enriquecedora que guardaré siempre en mi memoria. Ha estado lleno de alegría, motivación, aprendizaje y momentos inolvidables compartidos con niños, jóvenes y compañeros.

Hemos vivido jornadas llenas de risas, encuentros y compañerismo.

Cada visita, cada encuentro y cada momento compartido nos ha hecho comprender que la Biblioteca no es simplemente un lugar con estanterías llenas de libros. Es un espacio donde nacen sueños, se despierta la imaginación y florece la esperanza.

La biblioteca ha sido un lugar donde los niños llegaban con ilusión para descubrir nuevas historias y participar en actividades que despertaban su imaginación y también las visitas a las escuelas y a las diferentes dairas nos han permitido

compartir momentos únicos a través de la lectura, los cuentos, las manualidades y los juegos educativos.

Y al final me siento muy agradecida por haber formado parte de esta experiencia.

Ha sido un año lleno de emociones, aprendizajes y recuerdos inolvidables compartidos con grandes personas: familias, adultos, niños, jóvenes, profesores y todos aquellos que dan vida a este hermoso proyecto. Espero que la biblioteca siga siendo un espacio donde todos puedan leer, aprender, soñar y descubrir nuevas oportunidades a través de los libros.

Abida Ahmed, coordinadora de la biblioteca Bubisher de Auserd

VACACIONES EN PAZ

El programa **«Vacaciones en Paz»** es una muestra del compromiso y la solidaridad que tantas familias demuestran cada año con el pueblo saharaui. Decenas de hogares abren sus puertas para recibir durante el verano a niños y niñas procedentes de los campamentos de refugiados, ofreciéndoles mucho más que unas vacaciones: les brindan cariño, atención y la oportunidad de disfrutar de un entorno seguro y diferente.

Esta iniciativa nace con el propósito de aliviar, aunque sea por un tiempo, las difíciles condiciones de vida que afrontan estos niños y niñas, quienes, como consecuencia de la ocupación marroquí, llevan décadas viendo vulnerados sus derechos más fundamentales en su propia tierra.

Durante su estancia, los menores tienen acceso a revisiones médicas, tratamientos especializados cuando los necesitan y una alimentación adecuada, además de vivir experiencias que contribuyen a su bienestar físico y emocional. Para muchos de ellos, este programa supone una oportunidad única para recuperar fuerzas, hacer nuevos amigos y disfrutar de una infancia más plena.

Acoger a un niño o una niña saharaui es un gesto profundamente humano, pero también representa un mensaje de compromiso, solidaridad y esperanza. Es una forma de recordar que la causa del pueblo saharaui sigue siendo una cuestión de descolonización pendiente y que la sociedad civil continúa apoyando su derecho a vivir en libertad, justicia y dignidad.

Nuestro más sincero agradecimiento a todas las familias que, con generosidad y cariño, hacen posible este programa año tras año. Su apoyo no solo transforma la vida de estos niños y niñas, sino que también fortalece los lazos de amistad y solidaridad con el pueblo saharaui y mantiene viva la esperanza de un futuro mejor para nuestra patria.

Suadu Mahsan, coordinadora de la biblioteca Bubisher de El Aaiún

LA SOLEDAD DE LOS NÚMEROS PRIMO

Pocos sabios en el mundo han estudiado tanto el soneto como Carlo Frabetti.

Pocos sabios en el mundo han estudiado tanto los números primos como Carlo Frabetti.

Así que estudiando esta fotografía y el título de la novela “La soledad de los números primos”, del también italiano Paolo Giordano, no puede venir a la mente otro que no sea Carlo Frabetti.

¿Por qué un soneto? No lo sé, tal vez porque a veces la imagen rima con las emociones, y si miras la fotografía sientes que algo cuadra, matemáticamente, en tu mente. Y no hay mayor cuadratura en la literatura que el soneto, del que Frabetti dice que es finito, porque finitas son sus posibles rimas, y que por eso el soneto murió de éxito. Lope de Vega escribió tres mil, seguramente para agotarlas y enterrar al soneto en el panteón de los muertos ilustres.

Así que me dije: vale, un soneto.

Por ejemplo, este:

LA SOLEDAD DE LOS NÚMEROS PRIMOS

En la inmensa extensión de la hamada,

una niña camina en el olvido;

es un número primo desprendido,

divisible por uno y por la nada.

Busca una cifra igual, tan anhelada,

en el desierto estéril y encendido,

pero el silencio del espacio herido

la deja a su distancia confinada.

No hay desamparo en esta roca fría:

la hamada, como el orden de la ciencia,

le ofrece una secreta alegría.

Paradoja sutil de su existencia:

al saberse tan sola en compañía,

descubre en sí su propia resonancia.

Es bueno, no lo niegues. Tiene esa cadencia perfecta que convierte al soneto, no sé quién lo decía, en una representación de la vida.

Pero aquí viene lo bueno. No lo escribí yo, ni tampoco Carlo. Ni mucho menos Lope, que no llegó a tiempo de ser bubishero.

¿Sabes quién lo escribió? Sí, tal vez ya lo sospechas. Sí, la Inteligencia Artificial. En dos segundos, ni uno más. Se lo encargué como un juego y me quemó como un fuego.

Dos segundos, pero ¿cuánta energía?, ¿cuánta agua consumida para no hacer más, ni un átomo más de lo que ya hicieron Lope, Boscán y Garcilaso, y el primero Giacomo de Lentini?

La IA no nos da. Nos vomita lo que nos ha robado. Y en el rumbo secreto de los pasos de esa forma femenina por la soledad de la hamada hay un misterio que jamás nos podrá robar, porque es humano.

Gonzalo Moure

LA HISTORIA YA NO PODRÁ PROHIBIRTE

Tomás Bárbulo, periodista y escritor, fotografiado en el parque de El Retiro, el 30 de junio de 2026.
CLAUDIO ÁLVAREZ

(Elegía a Tomás Bárbulo).
B. Lehdad.
Hay hombres que nacen en una tierra y terminan perteneciendo también a otra. No por la sangre, sino por la memoria; ni por el origen, mas por la lealtad.

Hoy ha partido Tomás Bárbulo. Y con él se apaga una de las voces más honestas y valientes que España ha dado para contar la tragedia del Sáhara Occidental.

Para muchos saharauis, Tomás fue mucho más que un periodista o un escritor. Fue un hijo adoptivo del desierto. La adolescencia que vivió en El Aaiún lo unió para siempre a una sociedad que aprendió a conocer antes de escribir sobre ella, a comprender antes de investigarla y a querer antes de defenderla con la fuerza serena de la palabra. Nunca dejó de ser, para muchos de nosotros, uno más de los nuestros.

Cuando muchos prefirieron el silencio, Tomás eligió la verdad. Comprendió que hay historias que algunos intentan prohibir no porque sean falsas, sino porque resultan demasiado incómodas, y por comprometedoras.

Por eso, al conocer hoy su muerte, el título de una de sus obras deja de ser únicamente el nombre de un libro para convertirse en la mejor definición de su legado. La historia prohibida del Sáhara Español ya no podrá prohibirte a ti, hermano. Permanecerás en cada lector que descubra aquellas páginas, en cada joven que se pregunte qué ocurrió realmente y en cada conciencia que se niegue a aceptar que el olvido pueda escribirse como versión oficial de la Historia.

Tu vida recordó a muchos españoles que el Sáhara no era una nota al pie de un libro, sino una parte de su propia historia. Y nos recordó a los saharauis que todavía quedaban voces al otro lado del mar dispuestas a escuchar, investigar y contar.

Hoy el periodismo pierde una voz rigurosa y la literatura una pluma comprometida. El pueblo saharaui pierde también a un hijo leal, a un testigo de excepción y a uno de esos pocos españoles que comprendieron que la verdad nunca prescribe.

El Sáhara sabe guardar silencio, pero también sabe reconocer a quienes nunca lo traicionaron. Hoy una jaima está de luto; una biblioteca pierde a uno de sus más fieles defensores; y la memoria del Sáhara despide a uno de sus narradores más honestos.

Descansa en paz, Tomás.

Los hombres mueren; las palabras, cuando nacen de la verdad, siguen caminando. Y mientras exista alguien dispuesto a abrir uno de tus libros, la historia prohibida seguirá encontrando el camino para dejar de serlo.

NAAMA TIENE QUIEN LE ESCRIBA

En el recién acabado mundial de fútbol, la selección marroquí ha conseguido varios éxitos, y en el Sahara Occidental ocupado las posteriores celebraciones se han convertido en una verdadera pesadilla para los saharauis,—aunque no sea la primera vez que pasa—, pues ha aumentado la persecución y la vulneración de derechos humanos que sufren. Así, la exhibición de la bandera saharaui o la reivindicación de libertad para el Sahara han sido violentamente reprimidas. En este contexto general del conflicto entre Marruecos y la RASD, un caso especialmente denunciable es el del preso Naama Asfari.

Naama fue juzgado sin cumplir las condiciones jurídicas básicas y condenado a 30 años de prisión por los marroquíes. De hecho, un grupo de trabajo de Naciones Unidas estimó que la detención de Naama era una “detención injusta”. Ha pasado ya 15 años en cautiverio. Naama sigue en la cárcel, en Kenitra, donde ha sufrido castigos y torturas injustos y se encuentra alejado de su casa y familia.

Ante esa situación insostenible, y como último recurso, Naama inició el 8 de junio una huelga de hambre indefinida —que el lector perspicaz saque la cuenta de cuántos días lleva ya al leer estas líneas—; desde que se encuentra aislado y desatendido, su salud se ha deteriorado notablemente. Hoy por hoy está “desaparecido”, ya que sus familiares no han podido certificar que siga en Kenitra.

En el desierto del Sahara hay un pajarillo negro, el bubisher, portador de esperanza. Estamos convencidos de que un bubisher le trasladará nuestra solidaridad a través del desierto, esté donde esté, así como nuestra firme exigencia para que Naama sea liberado. Puede estar aislado, pero no está solo: Naama tiene quien le escriba.

Josu Jimenez Maia
Saharako Kabiak / Nidos del Sahara

REENCUENTROS QUE SABEN A HOGAR

Hay personas que aparecen en un momento concreto de tu vida y consiguen que un lugar desconocido se convierta en un hogar. Para nosotras, Maite y Alba, Bubisher fue precisamente eso.

Hace tres años llegamos a los campamentos de refugiados saharauis para participar durante dos meses en un proyecto veterinario. Íbamos con muchísimas ganas, pero con la incertidumbre de enfrentarnos a una realidad completamente nueva: una cultura, ritmos y formas de entender el tiempo y el trabajo diferentes. Las primeras semanas nos alojamos en el mismo lugar que varios voluntarios y fundadores de las bibliotecas Bubisher, y fue entonces cuando empezó una amistad que marcaría enteramente nuestra experiencia.

Ellos nos escucharon, nos hicieron sentir valoradas y nos acogieron como si estuviéramos en casa. Nos enseñaron a entender que, para trabajar allí, primero había que aprender a mirar, a escuchar y a adaptarse. Gracias a ellos continuamos nuestra aventura con ilusión y confianza, y evitaron que las dificultades iniciales hicieran tambalear un proyecto en el que habíamos puesto tanta pasión.

Durante esos dos meses también tuvimos la suerte de compartir pequeños proyectos con Bubisher. Pudimos emprender charlas en sus bibliotecas, organizar juegos con los niños y niñas y participar en la rehabilitación de la fachada de la biblioteca de Smara. Fueron momentos sencillos, pero llenos de significado, que hoy siguen ocupando un lugar muy especial en nuestra memoria.

Nosotras intentamos mostrarles un poquito de nuestro salvaje mundo; la veterinaria. Pudimos compartir noches entre ovejas, cirugías, crotales, cabras, inyecciones y camellos. Ellos, por su parte, nos regalaron mucho más: libros, conversaciones, etimologías, historias, reflexiones y una forma de entender la cooperación basada en el respeto y el aprendizaje mutuo.

Y, cómo olvidar aquellas noches bajo las estrellas, en el Protocolo de Smara. Allí terminaban los días compartiendo las aventuras vividas, riéndonos de las anécdotas, hablando de los retos, de los sueños y de todo lo que íbamos descubriendo. Esos momentos nos quedaron grabados para siempre.

Desde entonces no habíamos vuelto a coincidir en persona, aunque nunca perdimos el contacto.

Por eso, encontrarnos de nuevo el pasado sábado 4 de julio en el festival Sahara Colour Rice fue una de esas sorpresas que la vida regala sin avisar. Volver a abrazarnos, recordar juntos tantas historias y momentos nos hicieron darnos cuenta y comprobar que el cariño sigue intacto. Fue profundamente emocionante. Bastaron unos minutos para sentir que el tiempo no había pasado.

Hay lugares que nos transforman, pero son las personas quienes hacen que esa huella permanezca para siempre. Bubisher forma parte de nuestra historia en los campamentos y siempre estaremos agradecidas por todo lo que pudimos compartir y aprender juntos.

Estamos convencidas de que este no será nuestro último reencuentro. Ojalá el próximo sea, de nuevo, bajo el cielo inmenso de nuestros queridos campamentos saharauis.

Gracias, Bubisher, por abrirnos siempre las puertas y por regalarnos un espacio desde el que compartir este pedacito de nuestra historia.

Con cariño!

Alba y Maite

LA ESPERA

El pueblo saharaui tuvo que huir de su tierra en 1975 hacia el área de Tinduf y en los años posteriores la ONU, la “potencia” administradora y otras muchas naciones les prometieron un referéndum de autodeterminación. Nunca ignoraron los mensajes de lo que por entonces representaba el orden internacional y, aunque tuvieron que recurrir a la guerra, nunca miraron hacia atrás.

A pesar de ello se han convertido en estatua de sal, del mismo modo que en la tradición islámica la mujer de Lut, sobrino de Ibrahim cuando abandonaban las tierras de Sodoma y Gomorra.

Esta mujer saharaui de la foto es la alegoría de la interminable espera de su pueblo. Su asiento pétreo es ya pura sal y la sal le sube por la melfa. Pronto alcanzará el negro bolso que ha dispuesto prudentemente alejado.

¿Cuál será la siguiente traición? ¿cuál la siguiente demora que añadirá más cristales de sal? ¿les espera a los saharauis alguna nueva añagaza en la tramitación de la ley que debe otorgarles la nacionalidad española?

Esta ley – que debería llamarse de retrocesión de la nacionalidad española ya que la que tenían les fue arrebatada mediante exigencias administrativas que no podían cumplir- tendrá que debatirse en el inicio del nuevo curso político.

Si el vehículo que espera esta mujer tardara en llegar unos meses y se le permitiera viajar hacia el oeste y llegar a los territorios ocupados podría encontrarse con las obras de la autopista Donald Trump que es como ha

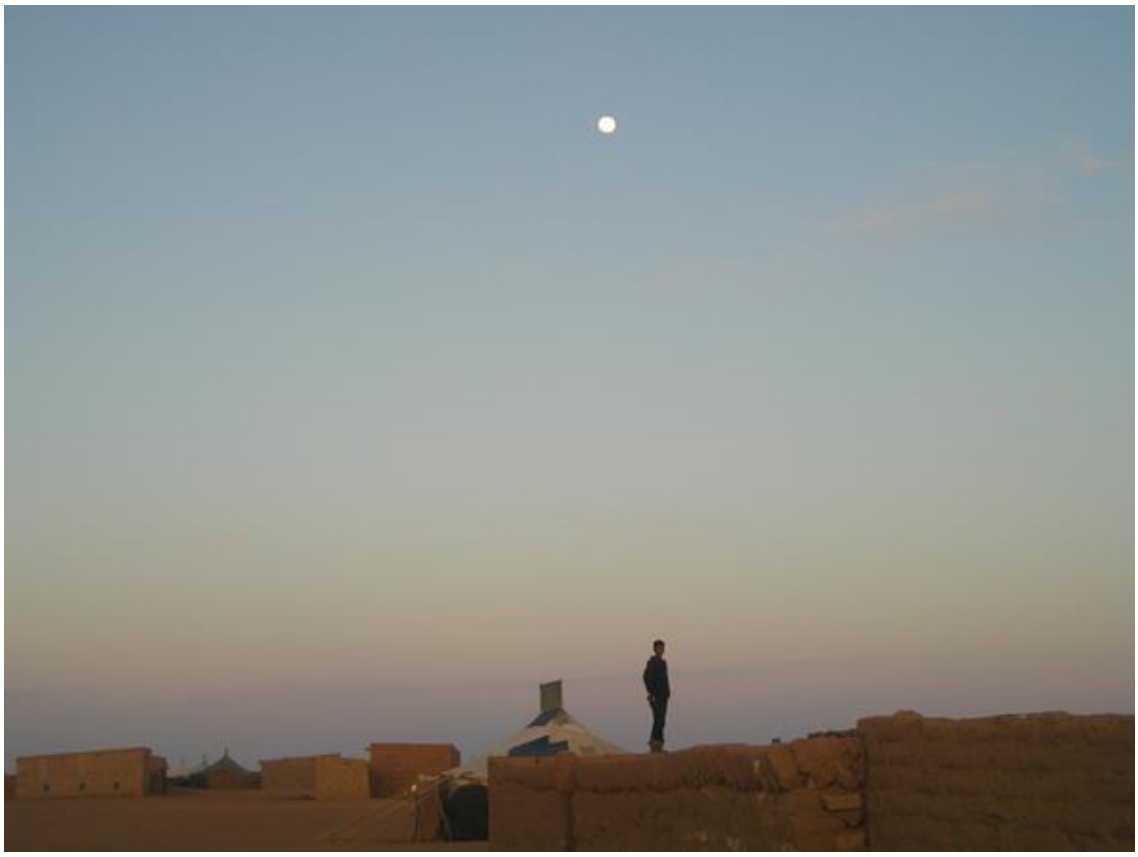
denominado servilmente el sátrapa marroquí a la carretera que unirá Tiznit con Dajla.

Pero si te fijas bien, Mohamed VI, Maria Corina Machado, Gianni Infantino o Benjamin Nertanyahu tienen ya aspecto de estatua de sal al igual que su mentor, el emperador con rostro de sal yodada. Es el arma letal del tiempo.

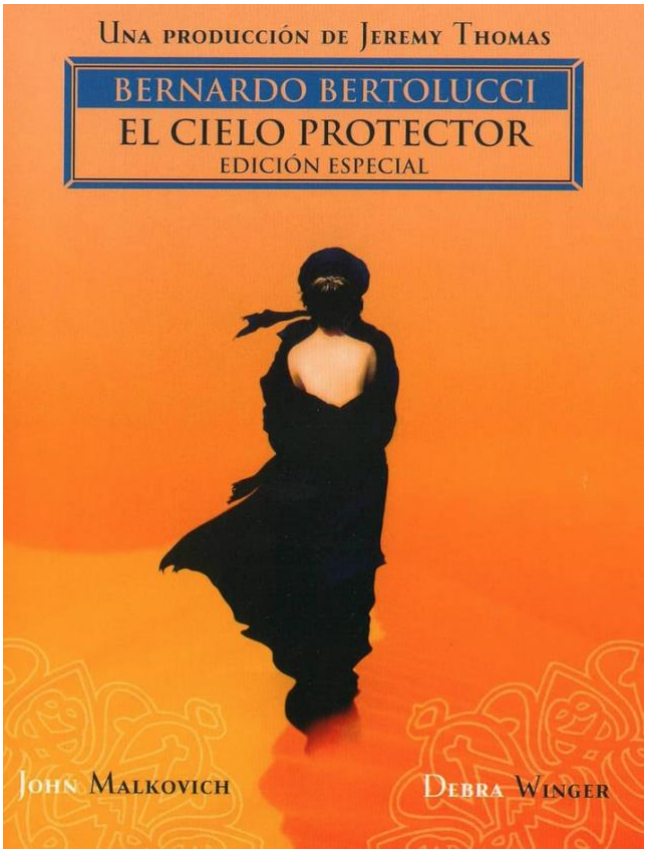
Emilio Sánchez ***Suadu Mahsan***

EL CIELO PROTECTOR

Con las primeras luces del día se abre sobre la hamada un escenario sin decorado alguno, solo una cámara de un intenso azul que, al contrario que la cámara negra de los escenarios teatrales, no delimita el espacio, cuyos confines coinciden con los del corazón de la población refugiada saharaui. Aparece así, el cielo, en la mayor parte de los días, elevándose el sol por encima de las jaimas, tan redondo y tan grande que, en lugar se subir, se acerca, y tan blanco que los perros lo ladran, a pesar del azul del cielo. Pero hay días, en los que el brillo del sol se oscurece, si un viento bate el polvo hasta llevarlo a punto de tempestad, y la arena baila entre la tierra y el cielo, tiñendo el sol del color del desierto. Son los días, en los que la tormenta de arena borra la luz agresiva del cielo, a veces cálida; fría, a veces, casi siempre excesiva, ejerciendo una violencia destructora. El cielo se muestra inclemente, tanto con su luminosidad persistente, como en su repentina opacidad



En la noche, libre de la tiranía del sol, y despojado de otras impertinencias ambientales, el cielo del desierto se muestra como un inmenso manto bordado a punto de luz, cuyo frío estelar se aviene con la calidez de la hoguera, que ilumina el rito familiar del té, y cuya música astral se compadece con el ritmo de los versos y las narraciones que los mayores comparten con los más jóvenes, sobre todo en los días y las noches, que conviven en la badia, así como ponen callada cadencia al susurro de la última oración del día. Mirando a lo alto de la noche, la población refugiada, quizá sin demasiada toma de conciencia, se sabe arropada.



Hace unos días, un amigo, integrante, de la ONG Cantabria por el Sahara llevó a su muro de Facebook estos dos versos del poeta portugués Eugénio de Andrade: “basta un pájaro/para sostener el cielo”.

Sí, y no es preciso que sea un pájaro de gran envergadura. El bubisher es un pájaro pequeño que, no solo tiene la misión de llevar buenas noticias a aquellas jaimas en las que posa su escaso peso, sino que su solo nombre sostiene cinco parcelas de cielo, una en cada una de las cinco wilayas. Cinco parcelas de cielo en la tierra, en la dura tierra de la hamada. Cinco parcelas de cielo, estas sí decoradas por dentro, a salvo de tormentas de arena, y por fuera, donde cinco jardines ofrecen flores y hasta donde se animan a llegar mariposas. Cinco parcelas de cielo, donde, a plena luz del día, se escuchan versos, relatos e historias, con las que se juega a representarlas, y que buena parte de la población refugiada más joven compartir y comparar con las de sus mayores en las noches de jaima. Cinco parcelas de cielo que iluminan los sueños de tantos niños, tantas niñas, tantos y tantas adolescentes, tantos y tantas jóvenes durante las horas del día y apaciguan su sueño en las noches. En fin, cinco parcelas de cielo, con sus ángeles benéficos, bajo el cielo rabiosamente azul del día y profusamente estrellado de noche, sostenidas en tierra firme por el nombre de un pequeño pájaro, que les protege. A despecho de lluvias torrenciales y oscuras tempestades.

Fernando Llorente

UN LUGAR EN EL MUNDO

_Me gustaría que me dijeras cómo hace uno para saber cuál es su lugar? Yo por ahora no lo tengo, supongo que me voy a dar cuenta cuando esté en un lugar y

no me pueda ir, supongo que es así, ya va a aparecer. Todavía tengo tiempo de encontrarlo.
Así le decía a su padre, delante de su tumba, el joven Ernesto cuando regresó al pueblo desde Buenos Aires en la última escena de la magnífica película de Adolfo Aristarain.

A muchos hombres y mujeres de este mundo les cuesta mucho encontrar su lugar, no porque no lo tengan, no porque no lo quieran o porque no lo busquen. No les dejan, les roban sus tierras, o les echan, o expolian sus recursos, o directamente les masacran. Y no parece importarle a casi nadie. El lugar en el mundo de algunos pueblos lo deciden otros a sus espaldas pero esos otros no saben que a veces para esos dignos pueblos es suficiente la sombra bajo una jaima para crear un mundo propio, les basta con unos cuantos bancos de madera, libros, cuadernos y lápices de colores para seguir amenazando a los poderosos usurpadores y genocidas.

La escuelita del gran Federico Luppi, las charlas de geología del no menos grande José Sacristán o el destartalado dispensario de la diosa Cecilia Roth hicieron que los ojos del niño Ernesto brillasen siempre de emoción y de ganas de justicia y futuro. Os invito a que veáis otra vez la película y os imaginéis en ese pueblo del semidesierto argentino nuestros nidos de Bubisher: no sé si Ernesto llegó a encontrar su lugar en el mundo, pero sí sé dónde está el lugar y el mundo de los niños y niñas saharauis, y no es en la hamada argelina, es otro sitio más hermoso, más rico, más verde y más azul. Y es suyo.
Y amigos, recordad que el pueblo saharaui es paciente, todavía tiene tiempo de encontrarlo.

Javier Bonet

CAMINO A LA ESCUELA

El derecho universal a la educación es un derecho humano fundamental que establece que todas las personas, sin importar su origen, género, idioma, religión, situación económica o discapacidad, deben tener acceso a una educación de calidad. Este derecho busca que cada persona pueda desarrollar sus capacidades, aprender conocimientos y participar plenamente en la sociedad.

Asistir a la escuela es una de las principales formas de ejercer este derecho.

Esta es la historia de Zahira una niña que se prepara para ir a la escuela en los campamentos saharauis.

El primer rayo de sol se coló por la entrada de la jaima y la despertó. Abrió los ojos despacio y escuchó el suave murmullo del viento moviendo la tela de su

hogar. A lo lejos se oían algunas voces y el balido de unas cabras que anunciaban el comienzo de un nuevo día.

Zahira se levantó, dobló la manta, se puso las sandalias y salió a saludar a su madre, que ya preparaba el desayuno. Se lavó la cara y las manos con el agua que guardaban en un recipiente. Mientras desayunaba un vaso de leche y un trozo de pan, su madre terminó de peinarla, hoy toca trenzas y lazos rojos que no solo sirven para sujetar el pelo, sino que forman parte de la identidad e higiene escolar.

Antes de salir, se despidió de su familia con un abrazo. El aire de la mañana era fresco y el sol comenzaba a calentar la arena del desierto. Con la pequeña mochila a la espalda y una gran ilusión por aprender algo nuevo, emprendió el camino donde la esperaba, su amiga Fátima, que sonreía mientras se ajustaba el pañuelo que la protegía del viento del desierto.

Viven en uno de los campamentos saharauis, donde las casas están hechas principalmente de adobe y jaimas. El suelo es de arena y piedras, y no hay calles asfaltadas. Mientras caminan, ven a sus vecinos saludándose y a otros niños que también se dirigen a clase. Van juntas porque el trayecto es más agradable cuando comparten historias y risas. El camino a la escuela representa un momento importante en su desarrollo, ya que marca la transición entre el espacio de protección del hogar y un contexto social más amplio.

El paisaje que les rodea es inmenso. Solo se ven el cielo, la arena y algunas construcciones sencillas. A veces el viento levanta polvo y tienen que protegerse los ojos. En los días más calurosos, el sol parece no dar tregua, pero siguen caminando porque saben que la educación es muy importante para su futuro.

Cuando llegan a la escuela, los maestros las reciben afectuosamente. Allí no solo adquieren conocimientos en materias como matemáticas, ciencias o lengua, sino que también aprenden valores como el respeto, la convivencia, la igualdad y la solidaridad. Además, la educación les ayuda a desarrollar habilidades para resolver problemas, tomar decisiones y construir un mejor futuro. También hablan de su cultura y de la importancia de mantener vivas las tradiciones.

Aunque las aulas son sencillas y muchas veces faltan materiales, todos tienen muchas ganas de aprender.

Al terminar las clases, en el camino de regreso, llegan al recodo donde el sendero se divide, las dos amigas sonríen. No tienen ninguna duda de adónde quieren ir.

-¿Entramos un rato? pregunta Zahira.

A pocos pasos se encontraba la **Biblioteca Bubisher,** un lugar muy querido por todos en los campamentos saharauis. Sus puertas siempre estaban abiertas para quienes buscaban una historia, un rincón tranquilo para leer o simplemente un lugar donde dejar volar la imaginación.
Al entrar, las recibe el agradable olor de los libros y las voces suaves de otros niños que hojean cuentos y novelas. En las estanterías les esperaban historias del Sáhara, leyendas tradicionales, aventuras de lugares lejanos y libros llenos de ilustraciones que invitaban a soñar.

La bibliotecaria las saludó con una sonrisa.

—¡Ya habéis salido de la escuela! Justo ha llegado un lote de libros nuevos. ¿Queréis ser las primeras en descubrirlos?

Las amigas dejaron las mochilas junto a la entrada y se repartieron por la biblioteca. Sabían que, antes de regresar a casa, siempre había tiempo para leer unas páginas, compartir un cuento con los amigos o escuchar una historia narrada en voz alta.

Para ellas, la Biblioteca Bubisher no era solo un edificio lleno de libros. Era un lugar de encuentro, de aprendizaje y de esperanza, un espacio donde cada tarde comenzaba una nueva aventura antes de volver a casa.

Cándida Santiago

GALLO ROJO, GALLO NEGRO

Sentada en la arena, fuera de la *haima*, veo pasar sorprendida un gallo. Pero, ¿qué hace un gallo paseando entre las *haimas?* ¿De dónde ha salido? Su paso es orgulloso, como corresponde a todo gallo. La sorpresa inicial deja paso al recuerdo de la canción *Gallo rojo, gallo negro*.
Si te enseñaran la imagen de un gallo y te pidieran que, sin pensarlo, dijeras que te viene a la mente, quizás dijeras que Francia, o un anuncio de sopas, o una veleta; y si fueras de Pamplona, la iglesia del patrón de Pamplona, San Cérnin. Pero a mí la imagen de un gallo me trae el sonido y la letra de la canción antifascista que escribió Chicho Sánchez Ferlosio: "El gallo negro es traicionero, el gallo rojo es valiente"(…) "No se rinde un gallo rojo más que cuando está ya muerto" (…)

Esta canción siempre me revuelve porque aún quedan muchas luchas del oprimido contra el opresor: la del pueblo saharaui, la del pueblo palestino y también las de otros pueblos. No sé si el gallo que pasa ante mí es negro o rojo, pero tengo la esperanza de que sea de los que canten algún día en un nuevo amanecer en los territorios no ocupados, sino libres.

Además, el pobre gallo también me trae a la memoria la leyenda de la traición que hizo Caifás, también conocido como Pedro, al profeta Isa —Jesús—. Después de cenar con sus discípulos el Día de Pascua, Isa le advirtió a Caifás de que una vez que él fuera hecho preso, el propio Caifás lo negaría tres veces antes de que el gallo cantara. Caifás juró y perjuró que no lo haría jamás, que le sería fiel siempre, aún a riesgo de su propia vida. Así fue que cuando se le acercaron por tres veces preguntándole si era del círculo de Isa, él lo negó por tres veces y, una vez perpetrada la traición, el gallo cantó.

Se da el caso de que también por tres veces, tres gobernantes españoles han traicionado al pueblo saharaui: el hoy rey emérito y entonces príncipe Juan Carlos de Borbón, Felipe González y el actual presidente Pedro Sánchez.

“Cuando canta el gallo negro

Es que se acaba el día,

Cuando canta el gallo negro

Es que se acaba el día.

Si cantara el gallo rojo

Otro gallo cantaría

Si cantara el gallo rojo

Otro gallo cantaría.

(…)”

Maite Ramos Fernández

LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO

La bicicleta es un juguete y un medio de transporte. También sirve para hacer deporte y disputar una carrera ciclista. Pero eso es otro cantar. Como juguete ha sido desde siempre más objeto de deseo que posibilidad real. Todos los chicos de mi generación soñábamos con tener una bicicleta como se guarda la ilusión de poseer un instrumento mágico, un aparato capaz de suscitar un disfrute sin fin. Al pedalear impulsas con tus pies una máquina que se mueve y avanza y corre a toda velocidad. Es lo que hacen los niños de la foto. Divertirse a sus anchas con un juguete tan simple como las infinitas posibilidades que permite la imaginación de ir más allá. Siempre más allá del desierto que es arena y viento y muro del que ojalá pudieras escapar como hizo por los cielos ET., aquel extraterrestre de película.

Así, el juguete y el medio de transporte se funden en esa bicicleta que Fernando Fernán-Gómez asoció con el verano en una obra -de teatro y cinematográfica- memorable. La frase final de la obra exclama “Sabe Dios cuándo habrá otro verano”, aludiendo a aquel tiempo propicio para la libertad y la alegría anterior a la guerra que arrasó con todo. Un tiempo para la huida de los sufrimientos pasados y de los pesares que aún están por venir. Las bicicletas son para un presente continuo, para ese verano imaginario de libertad y alegría y huida con el que sueñan nuestros chicos y chicas de los campamentos del Sáhara.

Marcelo Matas de Álvaro

EL NOMBRE DE LA ROSA

En el jardín del Bubisher tal vez no haya rosas, pero sí ha llegado la luz y por eso puedes ver los rosas cálidos que miran con ojos melancólicos, esos ojos ensoñando, frente a los adobes beiges dorados reflejo de las arenas cercanas.

No, no son rosas, pero mirando la danza de los pliegues de la melfa iluminada por esos pensamientos que llegan flotando desde los libros leídos en esa biblioteca del desierto los imaginas.

No, no es la biblioteca del Nombre de la Rosa de Umberto Eco, esa llena de laberintos donde los libros matan, tan diferente a esta otra de los campamentos donde pasas horas en otros laberintos envuelta en libros, libros que salvan.

Miro tu melfa rosa, miro la luz que desprendes y pienso en la crueldad de la humanidad, en la crueldad de las dictaduras, en la crueldad de un pueblo olvidado, de un pueblo abandonado, de un pueblo de dignidad, de unos niños que juegan, de tu hija que pasará dos meses a miles de kilómetros.

Tú mientras rezas una plegaria mirando al cielo con mirada digna y valiente, imaginando tu futuro; su futuro lleno de jardines, lleno de laberintos de rosas que huelan a esperanza caminando entre las arenas que la llevan a esa biblioteca donde tiene la certeza y no el dogma de que seguirá resistiendo, seguirá soñando con los nombres de las rosas la flor de las flores.

Viva el Sáhara libre llena de cine, de libros, de té, de conversaciones, de colores, de pájaros y de mucho amor.

M, José Irigaray